

# Algunas consideraciones acerca del ambiente educativo y formativo para la vida sacerdotal y consagrada

*Matthew Joseph Brackett, L.C.*

*Licenciado en Teología Espiritual del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum.*

## Introducción

**D**urante los ocho años que fungí como formador a diferentes niveles de formación, los siete años como Instructor de Novicios y los tres años de Rector de un colegio sacerdotal en Roma, fui entendiendo la importancia fundamental de lo que llamaría el ambiente educativo y formativo. Era y es algo que se puede percibir como existente, ausente o incompleto, siendo estos dos últimos inapropiados para una sana y correcta formación. Y tuve oportunidad de constatarlo al asumir el cargo de comunidades donde existían espacios limpios, formadores presentes, horarios que se cumplían y actividades que se realizaban de acuerdo a lo programado; pero faltaba vida, calor y corazón, percibiéndose así un ambiente formativo inadecuado y hasta cierto punto artificial. Las consecuencias de un ambiente así normalmente son: la falta de naturalidad, de espontaneidad, de libertad interior, de serenidad, de sentido de apropiación y pertenencia, además de una posible falta de autoformación profunda y responsable; lo que podría traducirse en una formación parcial y un discernimiento incompleto. La tarea principal al iniciar un trabajo con una comunidad es establecer el ambiente propicio, sin el cual, no se puede pretender lograr los objetivos del proyecto formativo.

El actual artículo es un extracto de un escrito más largo que presenté al finalizar una maestría en formación en el *Centro San Pietro Favre* de la *Universidad Pontificia Gregoriana*. Dejamos de lado algunas consideraciones sobre las bases de la antropología de la vocación cristiana y sobre los objetivos que presentan los documentos fundamentales de la Iglesia sobre la formación<sup>1</sup>, para centrarnos en concreto algunos elementos del ambiente formativo.

---

<sup>1</sup> El Derecho Canónico, la *Ratio Fundamentalis*, el Concilio Vaticano II y exhortaciones post-sinodales.

No se pretende elaborar un tratado completo sobre la formación en la vida sacerdotal y consagrada, ni tampoco analizar con profundidad los elementos del ambiente formativo. Tampoco trataremos todas las áreas de la formación integral de una forma individual, se requeriría para ello una investigación en profundidad y un trabajo mucho más extenso.

Lo que se busca presentar en estas páginas comprende: doctrina, teoría y elementos prácticos, junto con algunas reflexiones personales sobre los elementos fundamentales que constituirían el ambiente propicio para la formación y educación a la vida consagrada y sacerdotal. Se señalarán elementos que aportan y constituyen de alguna forma al ambiente educativo y formativo: una visión antropológica cristiana, claridad de objetivos formativos, los agentes de la formación, y el acompañamiento personal. El enfoque es la formación sacerdotal y consagrada en general, con la intención de que este trabajo sea de utilidad para que una comunidad pueda aplicar los principios a su realidad concreta.

El Seminario (casa de formación), antes que un edificio, es una comunidad formativa, en cualquier lugar que se encuentre<sup>2</sup>. La vida de esta comunidad presta o resta al ambiente propicio para la formación y educación. La dimensión comunitaria es una dimensión netamente cristiana y por tanto eclesial<sup>3</sup>, pues en la comunidad se vive la vida litúrgica, se reza, se come, se relaciona, se entablan amistades, se comparte y se educa a través de las dinámicas comunitarias. La comunidad es por tanto una base esencial para la formación y crecimiento en la vocación sacerdotal y consagrada. Buscamos ahora profundizar en la importancia de la comunidad en la formación para la vida sacerdotal y consagrada.

### **A. La comunidad en la vida sacerdotal y consagrada**

La Iglesia es esencialmente misterio de comunión, y la vida fraterna en común (vida compartida en el amor<sup>4</sup>) que se vive en un seminario, una diócesis o en la vida consagrada busca reflejar la profundidad y riqueza de este misterio. Es en la comunidad formativa donde se busca vivir el mandamiento nuevo de amarse unos a otros como Él nos ha amado (cf. Jn 13,34). Este amor lleva a la unidad en la diversidad, a la disponibilidad para servir sin reservas, prontitud para acoger al otro sin juzgar (cf. Mt 7,1-2), capacidad

---

<sup>2</sup> Cf. *El Don de la Vocación Presbiteral: Ratio Fundamental Institutionis Sacerdotalis*, Congregación para el Clero, 2016. 188. Será citado en adelante como RFIS.

<sup>3</sup> Cf. RFIS 51-52.

<sup>4</sup> Cf. JUAN PABLO II, *Vita Consecrata*, 42. Será citado en adelante como VC.

de perdonar (Mt 18,22) y a la exigencia de poner todo en común: bienes materiales, experiencias espirituales, talentos e inspiraciones, ideales, iniciativas, limitaciones, defectos y fragilidades. La vida en común, antes de ser un instrumento de formación y misión, es un espacio de encuentro con el Resucitado<sup>5</sup>. La vida fraterna tiene una expresión particular y profunda por un lado en la vida litúrgica, sacramental, y de piedad, y por otro en la comunión de la misión al servicio de la Iglesia local y universal.

Por «comunidad educativa/formativa» se entiende el conjunto de los agentes implicados en la formación presbiteral o consagrada: el Obispo (superior mayor), los formadores, los formandos, el equipo de profesorado, el personal administrativo, los empleados, las familias, las parroquias, las personas consagradas, y el personal especializado. Todos aportan de una forma directa e indirecta al ambiente formativo<sup>6</sup>.

La comunidad formativa debe tener como referencia constante la íntima comunidad apostólica formada en torno a Jesús y que así sea una verdadera comunidad eclesial: una comunidad de discípulos del Señor donde resplandezca el Espíritu de Cristo y el amor a la Iglesia.<sup>7</sup> Lo que determina su fisonomía, estructura, metodología, programa y pedagogía es su fin específico: el acompañamiento, formación y educación de candidatos para la vida sacerdotal y consagrada a nivel humano, espiritual, intelectual, pastoral, fraterno y carismático<sup>8</sup>. No se puede enfatizar suficientemente el punto, y *Pastores Dabo Vobis* lo menciona varias veces<sup>9</sup>, de que un centro de formación no debe perder de vista el resultado final que se pretende.

En el ámbito de la comunidad se dan oportunidades únicas de autoconocimiento, conocimiento de los demás, fraternidad, conocimiento de la espiritualidad sacerdotal o consagrada; de aprender el arte de la comunicación y colaboración, el trabajo en equipo, la responsabilidad, el cuidado y atención

<sup>5</sup> Cf. VC 42 para este párrafo.

<sup>6</sup> Cf. RFIS 139.

<sup>7</sup> Cf. JUAN PABLO II, *Pastores Dabo Vobis* 60e (Será citado en adelante como PDV): «Desde un punto de vista cristiano, el Seminario debe configurarse —continúan los Padres sinodales—, como “comunidad eclesial”, como “comunidad de discípulos del Señor, en la que se celebra una misma liturgia (que impregna la vida del espíritu de oración), formada cada día en la lectura y meditación de la Palabra de Dios y con el sacramento de la Eucaristía, en el ejercicio de la caridad fraterna y de la justicia; una comunidad en la que, en el progreso de la vida comunitaria y en la vida de cada miembro, resplandezcan el Espíritu de Cristo y el amor a la Iglesia”».

<sup>8</sup> En el caso de la vida sacerdotal diocesana, el carisma propio de la vocación sacerdotal; para una persona consagrada, el carisma específico del instituto.

<sup>9</sup> Cf. PDV 60.

para los demás... todas ellas cualidades necesarias para formar el espíritu de comunión y el ejercicio de la paternidad espiritual del futuro ministro<sup>10</sup>. En este mismo contexto de la comunidad, se da la oportunidad de vivir la amistad y el deber de fomentar la fraternidad cristiana y sacerdotal (consagrada). La amistad puede nacer espontáneamente y naturalmente mientras que la fraternidad es una decisión deliberada<sup>11</sup>.

La vida del seminario (casa de formación) debe estar impregnada por el afán de piedad (interés activo por la piedad personal), práctica del silencio (la capacidad de «hacer y gustar el silencio»), y preocupación por la mutua ayuda (el interés en servir y ayudar, así como la habilidad de dejarse ayudar)<sup>12</sup>.

Algunos aspectos concretos de la comunidad educativa y formativa los desarrolla *Pastores Dabo Vobis* y son los siguientes<sup>13</sup>: tener un equipo completo de formadores para atender todos los campos formativos<sup>14</sup>, la unidad y espíritu de equipo entre sí y con el obispo o superior mayor<sup>15</sup> y el testimonio de vida de los que se dedican a los diversos campos de la formación. La unidad entre ellos es un valor indispensable para llevar a cabo el proyecto formativo y sobre todo para testimoniar el espíritu de comunión eclesial, un valor fundamental para los ministros de la Iglesia.<sup>16</sup> Los profesores se han de considerar parte integral de la comunidad formativa, verdaderos educadores y parte de un único equipo docente que enseñan con sus conocimientos y ciencia al igual que con su testimonio de vida. El éxito del programa forma-

---

<sup>10</sup> Cf. RFIS 51.

<sup>11</sup> Cf. RFIS 52a.

<sup>12</sup> Cf. CONCILIO VATICANO II, *Optatam Totius*, 11. Será citado en adelante como OT.

<sup>13</sup> Cf. PDV 66a.

<sup>14</sup> Un concepto que se repite en RFIS 188.

<sup>15</sup> Es un punto tomado y reforzado de OT 5 donde señala, dicho con mis propias palabras, que los educadores/formadores del seminario/casa de formación deben de tener personas idóneas, dotadas y capacitadas para la tarea encomendada. Es esencial para el logro de los objetivos formativos que el equipo formativo muestre la unidad que expresa la palabra «equipo», una unidad entre sí, una unidad con el obispo diocesano o con el superior mayor, y una unidad con el clero diocesano o con la provincia del instituto religioso.

<sup>16</sup> Este punto se reitera en estas palabras: «un equipo formador, bajo la responsabilidad personal del responsable de formación, debe obrar de común acuerdo, vivamente conscientes de su responsabilidad común. “Bajo la dirección del Superior, estén en estrecha comunión de espíritu y de acción y formen entre sí y con aquellos que han de formar, una familia unida”. No menos necesarias son la cohesión y la colaboración continua entre los responsables de las diversas etapas de la formación». Cf. CIVCSVA Documento-Instrucción *Elementos esenciales de la doctrina de la Iglesia sobre la vida religiosa dirigidos a los institutos dedicados a obras apostólicas*, 1983, 32.

tivo depende en gran parte de la selección ponderada del equipo de formadores. Han de gozar de una madurez humana y espiritual; una adecuada preparación pedagógica, espiritual, teológica, y técnica; deben ser capaces de trabajar y sembrar la unidad y comunión, así como tener una presencia estable en el seminario (casa de formación)<sup>17</sup>.

La comunidad formativa ha de abrirse a diversas realidades como la familia, la mujer, las personas consagradas, la juventud, los estudiantes, los pobres, para poder abrir horizontes y prepararse adecuadamente al trabajo con las variadas diversidades sociales que se encontrarán en el trabajo pastoral<sup>18</sup>.

La disciplina externa del seminario (casa de formación) se considera una necesidad con dos fines: el resguardo de los valores de la vida en común y la caridad, así como una ayuda necesaria para la formación en el alumno del dominio de sí, la madurez personal y las disposiciones del alma necesarias para el servicio a la Iglesia<sup>19</sup>. La disciplina externa como tal no es suficiente para lograr estos frutos y fines de la formación. Es necesario que la disciplina sea una actitud interna de los alumnos y que sea aplicada según la edad y madurez de los formandos. Cuando se vive así la disciplina, se pueden esperar los siguientes frutos: gobierno de sí mismo, uso prudente de la libertad, espíritu de iniciativa (la pro-actividad), responsabilidad personal, sentido de pertenencia y capacidad de colaboración con los demás.

## **B. El ambiente educativo y formativo en general**

Las siguientes afirmaciones puede parecer exageradas a primera vista: «Para un formador y educador, todo es formativo». «Todo lo que el hombre aprende pasa por sus sentidos». «Todo en un seminario o casa de formación debe reflejar el espíritu de la vocación que allí se cultiva». Una mirada antropológica y pedagógica ve la vida de formación y educación bajo esta luz y aprovecha lo visible e invisible como un apoyo para el proyecto formativo. De estas afirmaciones se podría concluir que algunas cosas pueden resultar no formativas, neutras, indiferentes o incluso deformantes. Un seminario y casa de formación ha de tener estructuras externas e internas que promuevan ideales, protejan valores, respondan a necesidades, dejen espacio a la respuesta libre tanto para la virtud como para la equivocación, y permitan la conversión del corazón.

---

<sup>17</sup> Cf. PDV 66b.

<sup>18</sup> Cf. RFIS 52b.

<sup>19</sup> Cf. OT 11b.

El ambiente de un seminario (casa de formación) debe gozar de orden, disciplina, silencio y serenidad que permitan la escucha de Dios y el crecimiento personal en la libertad de hijos<sup>20</sup>. Debe producir maestros de la vida del espíritu, para lo cual es necesario un ambiente y una práctica que reflejen y favorezcan los ideales del espíritu. Se puede referir a las formas de descanso y diversión, los pasatiempos, el uso de los medios de comunicación, las amistades fuera del ambiente formativo, el modo de vestirse, etc. como elementos que han de adecuarse al espíritu y estilo de vida de la vocación sacerdotal o consagrada<sup>21</sup>.

La formación debe de ser una iniciación adecuada a la vida que después llevará el alumno como sacerdote<sup>22</sup>. Esto quiere decir que la formación de un seminarista o consagrado necesariamente tiene que ser pensada, ordenada y ligada al tipo de vida pastoral<sup>23</sup> que se llevará después. Si la formación se desliga del tipo de vida específica (diocesana o consagrada) que vendría después de la formación inicial, puede fácilmente conducir a resultados desastrosos en el ministerio. Cuando el objetivo no ha sido tomado en cuenta, ello puede engendrar con facilidad la frustración y el fracaso. Por esta razón, es importante que un seminarista o alma consagrada de vida activa, dedique tiempo al apostolado y experimente de primera mano el tipo de vida que llevará después de la formación para así lograr un discernimiento y elección vocacional mucho más madura y deliberada<sup>24</sup>.

Un seminario o casa de formación, debe tener los espacios suficientes para lograr los objetivos de la formación y el ambiente ideal. Espacios que puedan propiciar un silencio adecuado, pero a la vez, la cercanía suficiente para favorecer el contacto con el pueblo de Dios, con la Iglesia local y con la cultura. La estructura de una casa de formación ha de proteger y favorecer valores como: el contacto con la naturaleza, la iluminación natural, la convicción personal según la etapa de formación, sobriedad, dignidad y serenidad, la convivencia fraterna, la oración en común y personal, y las normas de ambientes seguros.

---

<sup>20</sup> Cf. G. SOTRES, *La Formación Religiosa y Sacerdotal del Legionario de Cristo*, Amazon 2016, n. 644.

<sup>21</sup> Cf. CIVCSVA Documento-Instrucción *Elementos esenciales de la doctrina de la Iglesia sobre la vida religiosa dirigidos a los institutos dedicados a obras apostólicas*, 1983, n. 34.

<sup>22</sup> Cf. OT 11b.

<sup>23</sup> Para profundizar en la importancia de la formación pastoral, véase RFIS 119-124.

<sup>24</sup> Cf. OT 12.

El orden y limpieza de una casa, el cuidado de los jardines, el comedor, el decoro de la casa, los olores, la dignidad de la capilla y de las celebraciones, el silencio y sobriedad de ciertos ambientes, un espacio para avisos y hojas de información para los formandos, la programación de la casa, la forma de vestirse en las diversas ocasiones, el modo de tratarse, la acogida y sonrisa, la mirada, el vocabulario y uso de formas en el hablar, todo esto colabora a un ambiente propicio para la formación y educación.

### **C. La relación educativa y formativa**

La relación clave y de base es la que se establece entre el formador y el formando. Esta relación tiene su punto de partida en las actitudes del formador que sabe hacer de cada formando un nuevo punto de partida. El servicio de la autoridad en la comunidad formativa y educativa así como en la vida consagrada debe ser fraterno y espiritual, y quien lo ejerza ha de saber que es el primer responsable de la comunidad, dirigiendo y guiando siempre con caridad y claridad<sup>25</sup>. «La confianza recíproca es un elemento necesario en el proceso del acompañamiento. En el proyecto formativo se deben prever los medios concretos para que dicha confianza pueda ser salvaguardada y promovida. Conviene sobre todo garantizar las condiciones que puedan ayudar a crear un clima sereno y de confianza: cercanía fraterna, empatía, comprensión, capacidad de escucha y de sincera apertura y sobre todo, un coherente testimonio de vida»<sup>26</sup>. Aunque el principio de autoridad se ha resentido en las recientes décadas, sabemos que un vacío de autoridad solo crea confusión, inseguridad e individualismo malsano.

El formador participa en la acción del Padre que, mediante el Espíritu, infunde en el corazón del formando los sentimientos del Hijo. Debe de ser probado en el camino de la vida espiritual para poder acompañar a otros, ha de saber señalar las posibles dificultades, peligros, obstáculos y retos en este camino, y sobre todo, mostrar la belleza del mismo y del carisma propio del instituto. Los dos lugares privilegiados para la formación son la comunidad y el coloquio personal de formación<sup>27</sup>.

Un buen acompañamiento que favorece el desarrollo humano y espiritual del formando, exige que el formador sea competente, se dedique con generosidad a la tarea delicada de la formación, y esté dotado de recursos

---

<sup>25</sup> Cf. VC 43.

<sup>26</sup> RFIS 47.

<sup>27</sup> Cf. VC 66-67.

humanos, espirituales, pastorales y profesionales<sup>28</sup>. «Se necesitan formadores que sepan garantizar una presencia a tiempo completo y sean testigos de cómo se ama y se sirve al Pueblo de Dios, desgastándose sin reservas por la Iglesia»<sup>29</sup>. Para una comunidad religiosa, el formador debe de ser también un testimonio de la vida y carisma de la institución así como un buen intérprete de su espíritu propio.

La formación debe ser personalizada para que cada formando pueda interiorizar los valores de la vida sacerdotal o consagrada y responder en conciencia y responsabilidad. El arte del formador es saber encontrar el equilibrio entre la formación comunitaria y la de cada individuo, respetar los tiempos de cada etapa, así como el ritmo interior de cada uno<sup>30</sup>. El formando es por su parte un colaborador responsable y activo en su formación tal como lo son los demás miembros del instituto (comunidad formativa) mediante su testimonio de vida<sup>31</sup>. Recordemos, sin embargo, que «es el religioso mismo quien tiene la responsabilidad primera de decir ‘sí’ a la llamada que ha recibido y de asumir todas las consecuencias de esta respuesta, que no es solo de orden intelectual sino más bien de orden vital»<sup>32</sup>.

## 1. Actitudes generales

El haber formado parte de equipos de formadores de legionarios, el haber participado durante años en reuniones de Rectores en Roma (ARCER) y de la Conferencia Nacional de Religiosos en Irlanda (CORI) y el haber colaborado como observador pasivo en encuentros informales entre formadores de diversos institutos/seminarios, me ha permitido llegar a un conocimiento de las actitudes de fondo de superiores y formadores y me ha abierto una perspectiva importante sobre cómo los mismos formadores/educadores/superiores tratan y hablan en general de la comunidad y en particular de algún miembro peculiar, en crisis, enfermo, difícil, o sencillamente incómodo. En la mayoría de los casos pude constatar gran madurez, respeto y cuidado al tratar estos temas como algo sagrado. Pero también me di cuenta de lo contrario, y en algunas de estas reuniones admito haber pensado qué difícil

---

<sup>28</sup> Cf. RFIS 49.

<sup>29</sup> RFIS 49.

<sup>30</sup> Cf. CIVCSVA *Potissimum Institutioni: Orientaciones sobre la formación en los Institutos Religiosos*, 1990, n. 29b.

<sup>31</sup> Cf. CIC 652.

<sup>32</sup> CIVCSVA *Potissimum Institutioni: Orientaciones sobre la formación en los Institutos Religiosos*, 1990, n. 29.

hubiera sido para mí abrir confiadamente mi vida o mis dificultades a cierto tipo de personas. Me parece que hay personas o situaciones que merecen ser tratadas en un contexto adecuado, donde haya respeto y confidencialidad, y no superficialidad o tono de ridiculización, desprecio o broma fácil, todo esto dicho en público o ante terceras personas que nada tienen que ver con la situación o la persona en cuestión; tampoco deben discutirse en momentos de descanso como si se tratara de una conversación frívola o de desahogo, sino que hay que abordarlas formalmente, con respeto, en el contexto adecuado y con la misma actitud que uno trataría lo sagrado. Las actitudes de los formadores a este respecto, sin duda, afectan directamente al ambiente formativo y educativo.

Pasando a otros aspectos:

- Un centro de formación para la vida sacerdotal debe gozar del espíritu de silencio, la responsabilidad y puntualidad en los actos comunitarios, y del orden y limpieza en los espacios comunes y personales. Estos elementos pueden parecer secundarios, pero están de por medio actitudes fundamentales de seriedad, responsabilidad, disciplina y madurez.
- Toda la comunidad ha de sentir que el proyecto formativo es algo propio, no solo del equipo formativo. Es tarea de los formadores el ver la forma de que esto se logre mediante dinámicas y la participación comunitaria, para consolidar un espíritu de pertenencia, de autoformación y responsabilidad.
- En una comunidad formativa, se debe fomentar el respeto<sup>33</sup>. Y este se genera comenzando por el trato de los formadores entre sí y con los formandos.
- La claridad y apertura de la comunicación favorece un ambiente sano para la formación. Cuando esta brota desde dentro del equipo

---

<sup>33</sup> La palabra respeto viene del latín «*respectus*» y significa consideración o atención por el otro. También la raíz latina significa «*respicere*», esto es, «mirar» a la persona, más allá de su apariencia, «mirarla a los ojos» y reconocer su dignidad, su manera de ser y su peculiaridad. El respeto es la virtud que nos permite reconocer y valorar a los demás como seres humanos sin importar de dónde provienen, ni los bienes que poseen, lo esencial es reconocer que la persona humana es un ser único creado a imagen y semejanza de Dios, con los mismos derechos y deberes. Frente a lo sagrado el respeto es reverencia; y delante del dolor ajeno, compasión. El respeto genera un clima de seguridad y cordialidad; permite la aceptación de las limitaciones y fortalezas propias y ajenas. Evita las ofensas y las ironías; no deja que la violencia se convierta en el medio para imponer criterios. La virtud del respeto reconoce la autonomía de cada ser humano y acepta las diferencias. El respeto es una de las virtudes básicas de la convivencia entre las personas.

formativo, normalmente produce una respuesta de comunicación clara y abierta.

- Una comunidad que favorece la amistad espiritual y fraterna, es una comunidad donde se puede formar a sacerdotes y almas consagradas.
- El ambiente formativo sano favorece la libertad interior de poder crecer y errar: se necesita un sano espacio exterior e interior para poder crecer al paso de Dios y de la humanidad de cada uno, al igual que para poderse equivocar. Tanto el crecimiento como los errores tienen sus consecuencias, y los dos caminos necesitan de compañía, luz y motivación.
- El ambiente formativo sano crea y cultiva el espíritu de iniciativa en la comunidad y en cada individuo. En la iniciativa brilla el sentido de responsabilidad y pertenencia, la creatividad y libertad de cada miembro.
- También se debe motivar y cultivar la responsabilidad personal. En primer lugar la de cada formando por su propia vida, sus decisiones y su camino de discernimiento y crecimiento. En segundo lugar, la responsabilidad por aspectos de la casa y de la comunidad, creando así la conciencia de que cada uno es responsable por la comunidad de la que es miembro.
- En el ambiente formativo sano, los formandos logran palpar y sentir la seguridad de que la búsqueda de su bien es la prioridad para el equipo formativo. Pueden percibir su preocupación e interés tanto a nivel humano como espiritual.
- Es de sobra conocida la importancia de la separación y respeto de los fueros como pide el derecho y la sabiduría materna de la Iglesia. Un ambiente sano de formación fomenta esta separación, consiguiendo la apertura y confianza necesarias para permitir el logro de los objetivos requeridos para un buen discernimiento y desarrollo vocacional.
- El ambiente sano es aquel en donde reina la libertad interior, el entusiasmo espontáneo y alegre, la caridad fraterna, el amor por Cristo y la misión, la vida comunitaria participada y la responsabilidad personal, así como la integración con los valores del instituto. Dicho ambiente es fruto del Espíritu, junto con varios elementos invisibles (actitudes), y no algo que se pueda lograr a fuerza de voluntad o por indicaciones de los formadores.

Se han enumerado algunas de las características del ambiente sano para la formación. En los apartados siguientes, mencionaré actitudes, disposiciones y modos de ser que ayudan a propiciar directamente este ambiente sano.

## **2. El equipo formativo<sup>34</sup>**

Al equipo formador se le exige coherencia y objetividad en la periódica evaluación integral de los seminaristas [...] del seminarista se espera docilidad, una revisión constante de la propia vida y la disponibilidad para la corrección fraterna, correspondiendo cada vez mejor a los impulsos de la gracia<sup>35</sup>.

En la formación, se acompaña a personas concretas con su historia particular. La obra formativa debe saber compaginar armónicamente el proyecto comunitario con el proyecto de cada uno. El amor verdadero tiene esta sabia flexibilidad en relación con el formando, sin perjudicar el compromiso personal y libre, ni los valores comunitarios o institucionales<sup>36</sup>.

El equipo formativo debe de tener siempre presente la claridad del proyecto formativo, así como los objetivos y los medios para lograrlos. Esta claridad es punto de referencia en cada reunión y cada decisión.

Se ha mencionado ya la importancia de la unidad del equipo formativo/educativo. Algunas formas de garantizar y favorecer este trabajo en equipo son:

- Compartir momentos de comunión: en oración, en la mesa y la fraternidad.
- La comunicación frecuente y fructífera entre el responsable y los demás miembros del equipo formativo. Lo que significa al menos una reunión semanal de coordinación y comunicación.
- La colaboración pro-activa entre los miembros del equipo para llevar a cabo el proyecto formativo y las actividades propuestas en bien de la comunidad.
- Círculos de estudio, lectura u otros medios que ayuden a profundizar algún aspecto de la formación, examinarse sobre ello y abrir horizontes buscando formas para su aplicación práctica.

El equipo formativo ha de entender el sentido y motivo de cada actividad, norma, intervención formativa y regulación del seminario o casa de forma-

---

<sup>34</sup> Cf. CIC 239.

<sup>35</sup> RFIS 58b.

<sup>36</sup> Cf. PDV 61.

ción, así como lograr explicarlos de una forma convincente a los formandos. Cuando algo parece no tener una razón o sentido, es de mucho provecho platicarlo con otros formadores o personas entendidas para tratar de descubrir lo que hay detrás, y si no se encuentra una respuesta, entonces reconsiderarlo sin el menor reparo. Puede ser que haya que matizar un concepto, reformularlo, adaptarlo o eliminarlo por completo.

La primera condición para ser un buen formador y educador es querer serlo. El formador/educador que acepta y se apasiona por su misión y trabajo, transmite este mensaje a la comunidad formativa. Se ha de evitar colocar en el ministerio de la formación a personas que no quieren realizar esta labor. O bien, si alguien está destinado a esta misión contra su gusto y voluntad, él ha de buscar un cambio de actitud y/o disposición sabiendo que afectará directamente la vida y el ambiente de formación en el seminario/casa de formación.

Igualmente ha de considerarse que ni el trabajo en la formación sacerdotal o consagrada, ni el ejercicio del servicio en la autoridad son para todos. El buen formador se va haciendo tal poco a poco con la experiencia adquirida, pero algunos dones naturales colaboran a su desarrollo. Se trata de tener o poder formar una especie de carisma o de conjunto de cualidades necesarias para este trabajo. Una sana y buena estructura formativa propicia la preparación de más personas que puedan desarrollar estas capacidades y cualidades.

### **3. Co-responsabilidad**

Se ha de fomentar la conciencia en la comunidad de la co-responsabilidad. Somos todos responsables por nuestra propia persona y por la comunidad. Se ha de involucrar a todos de una forma activa en la vida de educación y formación de tal forma que cada uno se sienta parte activa. Involucrar causa cierta pereza en el equipo formativo, frecuentemente es más fácil solo dar y no pedir ni involucrar. Resulta así menos efectiva la acción formadora y educativa. El equipo formativo tiene que involucrar de una forma personal y activa a cada formando en su formación y en la vida de la comunidad. El formando, por su lado, debe de evitar ser solo un receptor y consumidor con una actitud pasiva, distante y a veces escéptica. Vivida así, el camino formativo no va a ningún lado.

Subrayo el alto valor de que los alumnos puedan ver y constatar en la vida de sus formadores, el modo de ser sacerdotal, y del propio instituto, de modo particular en los primeros años de formación. Este testimonio respalda lo

visto y enseñado o resulta contradictorio creando cierto conflicto interior en el formando.<sup>37</sup> A la vez, la expectativa del formando tiene que ser realista, aceptando la humanidad del formador en su totalidad.

En una comunidad formativa, los formandos de años superiores (los del segundo año de propedéutico o noviciado, los avanzados en los estudios de filosofía o teología) son responsables y de gran apoyo en la realización del ambiente formativo para sus hermanos menores. El apoyo entre ellos y los formadores debe ser mutuo, constituyendo un elemento importante en el establecimiento de dicho ambiente.

#### **D. La persona del formador, habilidades, actitudes y tareas<sup>38</sup>**

Una de las primeras condiciones para ser un buen formador y educador es la disponibilidad interior, exterior, efectiva y afectiva para serlo. La segunda condición es el interés por formarse en esta tarea. La tercera es la convicción sincera y humilde de ser solo un instrumento útil en las manos del único Maestro y Su Espíritu, el único Creador del sacerdote y persona consagrada. Esta tarea requiere serenidad interior, disponibilidad, paciencia, comprensión y un verdadero afecto hacia aquellos que han sido confiados a la responsabilidad pastoral del educador.

Un formador competente se enamora progresivamente del Señor en un camino serio de vida espiritual, ama a la Iglesia y a la vocación particular. El testimonio de este amor fluye en el ambiente de formación y en el trato formativo. Cuando un formador quiere profundamente el bien del formando, busca que el plan de Dios (el que sea), se realice en el sujeto y lo cuida con un estilo paternal/maternal, normalmente las cosas se van dando. Donde hay amor, respeto y cuidado, se pone buena tierra para que la semilla crezca.

Parece evidente que quien se dedique a la formación tenga las siguientes habilidades/cualidades: a) Capacidad humana de intuición y de acogida; b) Experiencia madurada de Dios y de la oración; c) Sabiduría que deriva de la escucha atenta y prolongada de la Palabra de Dios; d) Amor a la liturgia y comprensión de su papel en la educación espiritual y eclesial; e) Competencia cultural necesaria; f) Disponibilidad de tiempo y de buena

<sup>37</sup> Cf. G. SOTRES, *La Formación Religiosa...*, n. 642.

<sup>38</sup> Además de la experiencia y reflexión personal, me he basado en estas fuentes: P. FINKLER, *El Formador y la Formación para la Vida Religiosa*, Paulinas, Madrid 1984, Cap. 3; A. CENCINI, *Los Sentimientos del Hijo*, Sígueme, Salamanca 2000, Parte II; cf. CIC 261, 618, 619, 630, 652.

voluntad para consagrarse al cuidado personal de cada candidato y no solamente del grupo<sup>39</sup>.

## **1. Disposiciones del formador (superior)**

El formador ha de ser una persona de buen corazón, abierta, cercana, pero siempre guardando una sana distancia para mantener la objetividad y evitar la familiaridad. Muestra buena voluntad en su labor, presencia e intervenciones. Un formador cuida los límites naturales y profesionales<sup>40</sup>, sin abandonar al formando en algunos espacios físicos, espirituales o psicológicos de la vida personal. El formando tiene que sentirse acompañado y al formador involucrado, pero con su propio espacio interior y exterior. La ambigüedad en este campo, incluso inocente o bien intencionada, puede comprometer la correcta relación y la libertad interior de uno o de ambos.

*a. Madurez:* alguien a quien se encarga la formación tiene que tener una edad y personalidad madura. Un religioso o sacerdote joven puede tener la inteligencia y capacidades, pero no la madurez y experiencia de vida que solo el tiempo puede dar. Hablamos de madurez a tres niveles: i) Cultural—la capacidad de integrar los elementos descubiertos y adquiridos por la inteligencia a través de la experiencia de la vida; ii) Afectiva—la capacidad de poder resolver los problemas y situaciones de esta esfera<sup>41</sup>; iii) Espiritual—que se manifiesta en los conocimientos del dogma, moral, vida espiritual y consagrada, espiritualidad sacerdotal, conocimiento y contacto profundo con la Palabra de Dios, mentalidad religiosa y espiritual, vivencia y acompañamiento de la vida espiritual personal y trato con las personas. Si se espera madurez del formando, es importante mostrarle madurez y tratarle como persona madura, a menos que demuestre que necesita algo diferente.

*b. Equilibrio:* el equilibrio de la personalidad afecta positivamente a cada individuo y a la comunidad. El formador que goza de este equilibrio no reacciona exageradamente, no se involucra en situaciones negativas, no cae en los juegos emocionales de las dinámicas interpersonales y comunitarias, sabe reconocer los propios errores y juzgar ponderadamente los aconteci-

---

<sup>39</sup> Cf. CIVCSVA Documento-Instrucción *Elementos esenciales de la doctrina de la Iglesia sobre la vida religiosa dirigidos a los institutos dedicados a obras apostólicas*, 1983, n. 31.

<sup>40</sup> Cuidar lo que pueda dictar las normas de ambientes seguros de la diócesis o de la institución, aunque no se tratara de menores.

<sup>41</sup> Una inmadurez afectiva notable de un formador se reflejará necesariamente de una forma negativa en el formando o en la comunidad. Se tratan normalmente de aspectos inconscientes de la personalidad del formador.

mientos y las necesidades con cierta objetividad. Un formador equilibrado verifica atentamente su estado interior: sentimientos, deseos, temores, angustias, insatisfacciones, desconfianzas, logrando así el autocontrol y la auto-purificación. Su presencia resulta reafirmante, conciliadora y motivadora para cada individuo y para la comunidad, sin contaminar el ambiente formativo con su personalidad.

*c. Sana confianza en sí mismo:* un formador debe de ser consciente de sus capacidades y limitaciones, y no se detiene por miedo al fracaso, rechazo, crítica o preocupación por la propia imagen. Esta seguridad viene desde dentro, no es algo forzado para aparentar. La inseguridad es un defecto grave en un jefe, pues transmite confusión e incertidumbre. El tono y comportamiento seguro, sincero, tranquilo y cordial influyen positivamente sobre los individuos y el ambiente.

## 2. Actitud pedagógica del formador

El formador, en sus intervenciones personales y comunitarias es un facilitador del proceso de maduración de la comunidad y de cada formando. Propone al formando (o comunidad) el desafío del crecimiento humano, espiritual y vocacional. Cuando se percibe en el formador una búsqueda constante del *porqué, por quién y cómo* de la vida sacerdotal y consagrada, esta se reproduce en los formandos. Hay que encontrar la manera de plantear los ideales y valores humanos, espirituales y pastorales de modo que impacte lo profundo de sus aspiraciones y deseos. Por tanto, sus intervenciones no han de ser solo para corregir y enderezar, sino para animar, impulsar, y cuestionar constructivamente las motivaciones del formando, lo que llevará poco a poco al desarrollo de actitudes propiamente vocacionales.

La humanidad sincera y realista del formador se agradece. Es mejor darse a conocer como un hombre y cristiano normal que lucha y cae como los demás, se esfuerza cada día en la coherencia de vida y en convertirse al Señor con todo el corazón. La humildad y sencillez prudentes, son signos de autenticidad, demuestran credibilidad, y suelen abrir la puerta a una comunicación más sincera y profunda.

*a. Visión vertical:* el formador vive de cara al Trascendente, y su vida y comportamientos lo testimonia. Evita ser materialista, mundano o cerrado a la gracia divina y lo infinito. Busca la apertura a Dios y su gracia, que es apertura al Espíritu y a su labor en la propia alma, así como en la de los formandos. Esta apertura asegura la eficacia y orientación justa del proceso formativo.

*b. La escucha:* el formador es una persona de la escucha horizontal y vertical, de la comunidad, del individuo y del Espíritu. Con ello, enseña al formando a sensibilizar el corazón a la voz de Dios y a la invitación a la conversión. Es una persona permanentemente abierta a Dios y atenta a la lectura de los movimientos interiores en sí mismo, en el formando o en la comunidad. En este sentido, discernir es la capacidad de captar lo esencial y lo importante, dejando correr lo pasajero y secundario; de aquí derivan cierta flexibilidad de esquemas y adaptabilidad, siempre en la búsqueda del bien del formando. Cuando la flexibilidad lleva al formador a sobrepassar los valores importantes de la vocación o del instituto, se entra ya en terreno más de cuestionamiento sobre el camino vocacional. Esta capacidad de flexibilidad y de adaptabilidad es parte del arte de la formación y de la fina y sabia sensibilidad del formador. Una persona de discernimiento sabe adaptar una estructura a unos individuos y valores, y no adaptar los individuos a una estructura.

### **3. El amor paterno, materno y fraterno**

Una vida comunitaria sana y auténtica se caracteriza por los sentimientos de fraternidad y de solidaridad. Y los sentimientos que vive el formador en su relación con la comunidad son determinantes. En este contexto, nos podríamos preguntar: ¿Qué es amar al hermano? Aquí se proponen algunas respuestas válidas:

- Aceptar al otro como se presenta, con su originalidad, cualidades y limitaciones, aspectos atractivos y peculiares. Aceptarlo a pesar de mis propios sentimientos de simpatía o antipatía.
- Hacerle sentir y comprender dicha aceptación por medio de palabras, gestos concretos y de modo especial, las actitudes.
- Perdonar. Un formador nunca debe buscar venganza ni hacer entender que un acto, gesto o actitud es represalia. Un formador puede ser humillado, atacado o sufrir las consecuencias de un estado interior o emocional de un formando con cierta frecuencia, pero estos sufrimientos deben llevarse a la oración y no a la vida comunitaria ni a las relaciones interpersonales. Perdonar es *no vengarse*.
- Respetar. Considerar y tratar al formando como un valor sagrado, amado por Dios, redimido por Jesús, merecedor de la mirada comprensiva y compasiva.
- Confiar. Siempre creer que el otro es bueno, que tiene buenas intenciones, que es capaz de crecer y cambiar a pesar de aparentar lo

contrario. Se debe establecer el ambiente adecuado para que el hermano tenga la posibilidad de caminar, caerse, y volverse a levantar. Son la confianza y cercanía del formador, y no la exigencia las que logran que del formando nazca la respuesta de abrir la puerta de su propia confianza.

- Ayudar. Existen tres formas de prestar ayuda al hermano. La primera es dedicando *tiempo* a la presencia y la escucha, lo que es una expresión concreta del amor. «Tengo tiempo para ti, mi tiempo es para ti». La segunda, es poniendo mis *talentos* a su disposición, pues, como los carismas, estos son para el servicio de los demás. Y la tercera es brindar la *corrección fraterna* cuando sea necesaria. Esta consiste en manifestar una inquietud, tender la mano con delicadeza, respeto, y amor, habiendo mirado primero las intenciones del corazón y la viga en el propio ojo. Es una acción sumamente delicada que debe evitar agredir, injuriar, ofender, dominar, vengarse o condenar. Para el formador representa un deber de oficio y de conciencia.

#### 4. Las tareas del formador

*a. Educar*<sup>42</sup>. Es sacar a relucir la verdad de la persona, para que pueda conocerse y realizarse lo más posible. Se interviene en el *yo actual* del individuo. Esta tarea implica que el formador sea capaz de:

- Conocerse a sí mismo: especialmente los puntos menos fuertes de su personalidad y cómo superarlos.
- Discernir en el otro la presencia de conflictos y falta de madurez, por encima de sus costumbres y la conducta observable. Advertir actitudes y sentimientos con la intención de llegar a las motivaciones.
- Estar dispuesto a ayudar a la persona a descubrir las raíces y consecuencias de su inmadurez, conduciéndola a vivir en plena libertad.
- Buscar cómo ayudar al otro a resolver sus dificultades.

*b. Formar*. Proponer un modelo concreto, un nuevo modo de ser que refleje la nueva identidad del consagrado, lo que es llamado a ser, su *yo ideal*. Educar evoca la verdad del hombre, pero para que pueda auto-afirmarse en ella, es necesario formar. Esto comprende una provocación del sujeto, una exigencia a dar el máximo de uno mismo y revelar hasta dónde puede llegar.

<sup>42</sup> Para los apartados «educar», «formar» y «acompañar», Cf. A. CENCINI, *Los Sentimientos del Hijo*, parte II.

Es Cristo mismo quien lleva a cabo la tarea formativa, el formador es mediador del Hijo, y su intervención sigue dos direcciones:

- Ayudar al joven a ver en la verdad, belleza y bondad de Cristo el valor supremo de su vida. Para ello, el mismo formador debe estar enamorado de dichos valores, compartiendo así la felicidad de pertenecer a Dios.
- Llevar al joven a reconocer en Cristo su verdadera identidad. El formador debe actuar con gradualidad y tacto, llegando a toda la persona del joven, para que se enamore de Dios y anhele su libertad.

*c. Acompañar.* El formador es como un hermano mayor que camina junto al joven en el trayecto hacia el conocimiento sobre sí mismo y el don de Dios. Educar es evocar la verdad subjetiva, formar es provocar a la persona y acompañar es convocarla, invitarla a responder con todo su ser a la llamada del Espíritu. El acompañamiento comunitario y personal tiene consecuencias positivas en el ambiente. Se tratará este tema con más profundidad más adelante, mientras tanto, señalamos algunas características:

- Compartir real y físicamente la vida cotidiana. Junto con la convivencia, es la mejor forma para conocer a la persona.
- Competencia y preparación. El formador ha de conocer el corazón humano y los principios de la evolución psicológica. Las ciencias humanas son de gran ayuda para disponer el corazón a la acogida del Espíritu.
- Acompañar es hacer o celebrar una experiencia de Dios entre dos personas que recorren un camino hacia Él. Compartir la fe, la memoria de Dios, la experiencia de la lucha, etc. Es inevitable la implicación personal del itinerario del formador para estar cerca de la persona a quien acompaña.

*d. Motivar*<sup>43</sup>. Se refiere más a la voluntad y vida afectiva y emocional. Es el arte de desencadenar en el individuo la energía que lo lleve a actuar en el sentido sugerido directamente por el maestro y libremente aceptado por el sujeto, a través de medios adecuados para conseguir su ideal. Es despertar, sostener y orientar el interés. La motivación o falta de, es un elemento fundamental en un ambiente educativo y formativo. La presencia motivadora da energía, alegría, sana tensión y calor a un ambiente. Un ambiente de motivación crea la sensación constante de acogida, apoyo y acompañamiento.

---

<sup>43</sup> Para mayor profundización, consultar la obra: P. FINKLER, *El Formador y la Formación para la Vida Religiosa*, Paulinas, Madrid 1984, cap. 6.

*e. Estimular.* Se refiere más a la inteligencia. Estimular es ayudar a mantener viva la llama por medio de las enseñanzas, los razonamientos, las observaciones e intervenciones personales y comunitarias: una palabra, un detalle, una atención, una buena explicación, o un consejo atinado. Se entiendo por tanto las repercusiones positivas para el ambiente formativo.

*f. Coordinar.* Con una visión general, se trata de buscar el bien común continuamente e identificar las necesidades de la comunidad formativa, en comunicación atenta con sus diversos elementos. Significa la buena y fluida comunicación y colaboración. Un formador tiene la capacidad de no perderse en lo particular y personal perdiendo de vista la visión global y el proyecto comunitario. Se ha de respetar con cierta rigurosidad el ritmo de vida del seminario (casa de formación), pero cuando el ambiente comunitario precise de algo diverso para un bien mayor, puede permitirse alguna novedad o cambio. La buena visión, coordinación y comunicación entre los diversos elementos de una comunidad produce efectos positivos en el ambiente.

*g. Guiar, revisar y examinar.* El formador está llamado a enseñar e instruir a los formandos en el conocimiento de sí mismos, el conocimiento de Dios y su pedagogía, la vida sacerdotal (consagrada), la espiritualidad y los aspectos concretos de la vida de formación. Y así ejerce la paternidad espiritual como guía de la comunidad. La revisión y el examen en el sentido ignaciano y de evaluación es necesario como parte de este acompañamiento y se hace a nivel comunitario, revisando los objetivos formativos y elementos comunes, presentando observaciones y orientando a la comunidad; pero también a nivel personal, enseñando al formando a examinarse, a vivir según metas y objetivos y a aprender a leer los movimientos interiores. En el proceso de enseñar, instruir y guiar se debe incluir la importancia de la vía purgativa y la ascesis: el trabajo espiritual, el sacrificio y penitencia, la aceptación del sufrimiento o contrariedades, la disciplina interior y exterior.

*h. Afrontar.* Lo que a la distancia parece obvio, resulta no serlo. Siempre pueden aparecer problemas, dificultades, crisis aparentes o reales en una comunidad formativa o en un instituto. Responder con el silencio o dejar que se resuelvan en el pasillo o en las habitaciones suele ser una práctica común. Al formador le corresponde afrontar estos temas oportunamente, en el contexto adecuado, con claridad, escuchando las reacciones, sentimientos u opiniones al respecto e identificar lo que es verdaderamente importante. Estas situaciones pueden aprovecharse también como una ocasión para la educación; su manejo, la falta de él o la manera como se lleve a cabo, afectan directamente el ambiente formativo, pudiendo resultar nocivo para la comunidad. Se necesita en el formador un gran sentido del olfato y tino.

*i. Enseñar – Observar – Comprender – Afrontar – Aclarar – Acompañar.* Este corolario es un resumen personal de la experiencia en formación. En la práctica, el formador sigue un complejo proceso por el que muestra o enseña la teoría del camino; presta observación cordial a la comunidad y a cada individuo; comprende el esfuerzo, las cualidades y debilidades de cada uno; afronta con respeto y claridad los elementos positivos y negativos que observa; los aclara con una sana comunicación<sup>44</sup>, intentando resolver interpretaciones e impresiones subjetivas; y continúa acompañado al hermano. Lo anterior se debe extender a todas las actividades (alimentación, deporte, formas de descanso, estudio, conexión con los medios y la cultura, apostolado) y espacios (en la ciudad, seminario y ambientes varios).

*j. Prever-Prevenir-Permitir.* De nuevo, otro corolario también fruto de la experiencia. Como parte importante del camino de crecimiento, maduración y educación, se anima a los formadores a organizar bien la vida del seminario (casa de formación), a tener la capacidad de anticiparse a posibles circunstancias y a permitir a cada uno un margen sano para equivocarse.

## 5. Consejos varios

Es muy conveniente que quien trabaja en formación haya tenido una experiencia suficientemente larga del estilo de vida propio de la comunidad (pastoral, en la parroquia o en algún apostolado del instituto). Esta otorga más claridad al proyecto y objetivo formativo, así como credibilidad a las intervenciones educativas.

Es natural que se den casos de formandos con gran capacidad en ciertos campos y por lo tanto, el formador solicite su colaboración en asuntos prácticos o de secretaría. Lo importante es repartir estas tareas entre el número más amplio posible de personas, para que resulte formativo, involucre a la mayoría y evite denotar «preferencias» que puedan malinterpretarse o jugar en contra de la misma formación y crecimiento del formando. Ante todo, se debe impedir de forma categórica, que las responsabilidades o encargos afecten continuamente la participación en la vida comunitaria.

---

<sup>44</sup> Se sugiere que un formador/educador se haya formado en el arte de la comunicación efectiva. Hay varias teorías de la comunicación efectiva (por ej. Virginia Satir, Paul Watzlawick), e igual, existen muchos libros. Lo importante es abrir horizontes con alguna buena lectura. Entre muchas opciones, se podrían sugerir, por ejemplo: J. NIELSEN, *Effective Communication Skills*, 2008; S. GONZÁLEZ, *El ABC de la comunicación efectiva: hablada, escrita, escuchada*, Grupo Nelson, Nashville TN 2015.

## E. La persona del formando, habilidades, actitudes y tareas<sup>45</sup>

Un joven normalmente llega a una comunidad con la intención de recibir, como consumidor. Es una actitud natural, pero no completa ni adecuada a la larga. Hace falta que la comunidad tenga la capacidad de crear una actitud activa y participativa en el individuo, como ya ha sido señalado en las páginas anteriores. De parte del individuo, que asuma él mismo una actitud activa, de descubrimiento y aprecio a la comunidad, espíritu de servicio, consciente de que la comunidad es y será lo que cada uno haga de ella. Este sentido de convicción y responsabilidad personal presente en cada miembro de la comunidad va produciendo una comunidad consistente y madura<sup>46</sup>. Este sentido de responsabilidad personal, autoformación y pertenencia comunitaria (*community ownership*) es una base esencial y firme para la formación personal, que afecta directamente el ambiente educativo y formativo. A partir de la responsabilidad podemos señalar otras actitudes consecuentes.

### 1. Formación 3D (docilidad, desprendimiento, disponibilidad)

En mis años de trabajo en el campo de la formación, me gustaba explicar la importancia de la formación en 3D, donde se pueden encontrar resumidas varias actitudes esenciales.

*a. La docilidad.* Esta actitud/postura de fe obediente es una apertura a la escucha de Dios donde uno se presenta abierto al cambio. No me refiero a una docilidad pasiva, ciega e ignorante, sino a una obediencia en la fe que esté abierta a las invitaciones y a las llamadas de Dios en el nuevo camino de conversión y crecimiento. Manifiesta también una cierta reverencia de la inteligencia hacia la voluntad y nuevos valores. Esta postura tiene que ver directamente con el valor y virtud de la obediencia.

*b. El desprendimiento.* Es una actitud interior llevada a la propia vida, de la bienaventuranza de la pobreza de espíritu, que invita a la mirada vertical hacia lo trascendental y por tanto a la indiferencia espiritual hacia los bienes temporales. Significa concretamente la apertura y el ejercicio de dejar de lado los afectos y apegos desordenados a uno mismo o a las cosas, las inconsistencias interiores y las manifestaciones de inmadurez. Comprende ciertas renunciaciones y sacrificios que evocan una mayor libertad interior ante

<sup>45</sup> Este apartado se basa en la experiencia y las reflexiones personales, así como en las siguientes fuentes: A. CENCINI, *Los Sentimientos del Hijo*, parte VI; P. FINKLER, *El Formador y la Formación para la Vida Religiosa*, cap. 9; cf. CIC 260, 630, 652.

<sup>46</sup> Cf. RFIS 130-131.

los valores e ideales. Esta postura y actitud tiene que ver directamente con el valor y la virtud de la pobreza.

c. *La disponibilidad*. Esta actitud contiene gran parte de lo que queremos explicar acerca del formando. Es un desempeño activo de la apertura afectiva y efectiva para la obra de la gracia divina y de la labor educativa y formativa. La disponibilidad expresa pertenencia, involucración afectiva, seguimiento fiel e imitación evangélica. Esta postura y actitud tiene que ver directamente con el valor y la virtud de la castidad.

Las demás actitudes las veremos en clave de un desarrollo y comprensión más amplios de la disponibilidad.

- Disponibilidad responsable y adulta. Repitiendo de alguna forma lo dicho anteriormente, significa una participación activa de apropiación de cara a la educación, formación y a la comunidad formativa. El formando toma su vida en sus propias manos; su interioridad, sus comportamientos, sus decisiones, sus motivaciones y sus inconsistencias, su formación y crecimiento, su relación con el Señor y con las mediaciones formativas. Esta actitud invita a desechar toda esperanza en que serán la comunidad, el ambiente, el proyecto formativo, la doctrina, el formador o el tiempo los que le convertirán y le formarán por sí solos.
- Disponibilidad vital. Se trata de la facultad y habilidad para aprender de la vida y dejarse formar por la vida, durante toda la vida. Esta actitud de disposición implica la capacidad profunda de mirar y observar, oír y escuchar el interior de uno mismo, el entorno, las caídas, los éxitos, la vida de los demás, y las experiencias varias.
- Disponibilidad educativa. Haciendo referencia a lo que se dijo al inicio de este trabajo sobre el significado de «educar», esto tiene que ver con la verdad del *yo actual*. Es la disponibilidad del formando a conocer su interior. Por decirlo así, ser guiado hacia fuera de sí hacia un punto donde se pueda ver a sí mismo con mayor objetividad y conocer la verdad de su ser. Por un lado, se trata de «sacar a la persona de sí misma» y por otro, de «sacar la verdad de la persona» para poderla entender y extraer toda su potencialidad. Esto es posible cuando hay una plena *disponibilidad educativa* del formando.
- Disponibilidad formativa. Retomando lo que se dijo al inicio de este trabajo sobre el significado de «formar», esto tiene que ver con la verdad del *yo ideal*. Se refiere a la capacidad y habilidad de abrirse a nuevos ideales en la vida y en este contexto, se trata del ideal que propone la vida sacerdotal y/o consagrada. El formando se muestra

*atraído por y disponible para* formarse a la vista de este ideal o ideales, y dispuesto a que otros agentes colaboren en dicha formación, tales como: la gracia divina, la comunidad, los formadores, el proyecto y el ambiente formativo.

- Disponibilidad relacional. El formando se encontrará en un auténtico camino educativo y formativo únicamente cuando se abra al «otro». Se trata de una apertura al *encuentro*, que por un lado implica descubrirse a uno mismo (presente y pasado) y por otro, la capacidad y habilidad para dejarse acompañar personalmente en el camino de educación y formación. Este acompañamiento lo realiza Dios, el padre espiritual, el formador y la comunidad en sus diversas expresiones. El formando ha de abandonar progresivamente tendencias egoístas, actitudes negativamente individualistas o autosuficientes y mecanismos defensivos que impidan una comunicación abierta, sincera y profunda con el otro, según los parámetros del contexto relacional. Esta habilidad y capacidad de disponibilidad relacional permite el pleno desarrollo y realización de la persona, pues la formación en el contexto de la antropología cristiana es un fenómeno relacional.

## 2. Posibles trastornos formativos

La formación será artificial y poco o nada efectiva cuando el formando no manifiesta rasgos de esta disponibilidad, cuando no aprende o no se muestra capaz de confiar, abrirse y dejarse acompañar. Suponiendo que el ambiente educativo y formativo es sano y bueno, y que el equipo de formadores es capaz y dedicado, se podrían señalar trastornos formativos inherentes al formando.

- El formando que solo quiere «aprobar» o «pasar» la etapa formativa. Su participación en el proceso formativo es superficial e internamente pasiva, y no permite que el ambiente, estructuras e intervenciones formativas toquen su corazón. Con frecuencia el mismo formando no sabe llegar al propio corazón.
- El formando que hace la finta de adaptarse al sistema, a la estructura y a la comunidad formativa<sup>47</sup>. Esta actitud acaba dañándole a él

<sup>47</sup> Se puede pensar en la imagen de un submarino que se sumerge para poder pasar desapercibido e intocable durante los años de formación y luego emerge al final de la formación para vivir como quisiera, sin ninguna consecuencia positiva de la formación y posiblemente con consecuencias internas negativas por la violencia y división interior vivida en este proceso.

mismo, generalmente al ambiente formativo<sup>48</sup> y posteriormente, a su vida sacerdotal y/o consagrada.

- Otra expresión de un trastorno formativo es cuando un formador juega con el foro interno y externo. La distinción de foros ayuda a proteger los valores de la libertad interior, la sacralidad de la conciencia, la dignidad de la persona y del posible abuso en el uso de información. Se juega con los foros cuando se usan para manipular, engañar u obtener lo que uno quiere y busca, y no necesariamente lo que hace honor a la verdad y dignidad de la persona. Se juega con los foros cuando se dice lo «correcto» y no lo «debido» en las entrevistas formativas y en las sesiones de la dirección espiritual.

En un lugar donde prevalecen estas actitudes en los formandos, se puede tranquilamente inferir que no hay formación y por tanto no se lo puede considerar un verdadero seminario o casa de formación. A la vez, se puede concluir que esta no es una preparación sana ni adecuada para la vida cristiana, sacerdotal o consagrada.

En este apartado hemos hablado de las actitudes y habilidades del formando, señalado algunos posibles trastornos formativos del mismo. Los problemas o dificultades de naturaleza más objetiva constituyen otro tema, que amerita un trato y atención particular.

## **F. Acompañamiento personal<sup>49</sup>**

El discípulo sacerdote (persona consagrada) es tomado de entre los hombres para luego interceder por, servir y guiar a la misma humanidad en todos los caminos de evangelización posibles según cada contexto cultural y religioso. Se busca que en cada Seminario o Casa de Formación se forme a un discípulo y misionero enamorado y configurado con el Maestro y Pastor. Parte de este caminar es saberse acompañar muy de cerca por el Señor y por otras mediaciones humanas como los formadores y padre espiritual. Cada sacerdote y alma consagrada es un discípulo en camino, necesitado de continua conversión y formación integral, lo que entendemos como la configu-

---

<sup>48</sup> Personas así pueden resultar dañinas en sus críticas, espíritu negativo e inconformidad que se manifiestan normalmente en el espacio de las conversaciones privadas, mientras que la actitud pública es una de total conformidad.

<sup>49</sup> Este apartado se basa en la experiencia personal, Cf. RFIS 44-49; A. CENCINI, *Los Sentimientos del Hijo*, parte VI; P. FINKLER, *El Formador y la Formación para la Vida Religiosa*, cap. 8.

ración continua con Cristo<sup>50</sup>. Todos los aspectos de la formación tienen que tener este objetivo siempre a la vista<sup>51</sup>. Dada esta llamada a la conversión, formación y configuración, el acompañamiento personal es una necesidad en primer lugar, y en segundo lugar, para poder luego acompañar a otros, necesario es haber hecho un camino acompañado.

«Toda la obra formativa es fruto de la colaboración entre los responsables de la formación y sus discípulos»<sup>52</sup>. El acompañamiento personal es un instrumento indispensable para lograr los objetivos de la educación y formación sacerdotal y consagrada, y podemos afirmar a su vez que es necesario para lograr el sano ambiente educativo y formativo.

Durante el proceso de formación es necesario que el seminarista (formando) se conozca y se deje conocer, relacionándose de modo sincero y transparente con los formadores. Teniendo como fin la «*docibilitas*» al Espíritu Santo, el acompañamiento personal representa un instrumento indispensable de la formación<sup>53</sup>.

Bien se sabe que el acompañamiento personal, por su naturaleza, no siempre es agradable. Para algunos resultaría más cómodo menos acompañamiento o no acompañamiento, pero el resultado sería caer en el subjetivismo, individualismo, auto-referencialidad, cierta superficialidad, soledad, etc. Los ideales de la vida cristiana, sacerdotal y consagrada, e incluso la misma antropología cristiana, exigen el acompañamiento. Los frutos humanos en una comunidad formativa resultan en mayor autoestima, sentimientos de apoyo, compañía, valoración, exigencia positiva, estímulo y motivación. Y los frutos espirituales no son menos importantes, dado que la gracia divina se transmite muchas veces a través de la mediación. Con esto, simplemente se quiere afirmar la necesidad del acompañamiento para el sano y propicio ambiente de formación.

Para los fines del trabajo, este apartado se refiere al acompañamiento que pueden dar los superiores, formadores y directores espirituales, aunque se sabe que son expresiones diversas del acompañamiento personal. Es cierto que también existe el acompañamiento comunitario que se ha tocado al hablar de la comunidad formativa.

---

<sup>50</sup> Cf. RFIS 3e y f.

<sup>51</sup> Cf. OT 4.

<sup>52</sup> Cf. CIVCSVA Documento-Instrucción *Elementos esenciales de la doctrina de la Iglesia sobre la vida religiosa dirigidos a los institutos dedicados a obras apostólicas*, 1983, n. 32.

<sup>53</sup> RFIS 45.

## 1. Algunas características del acompañamiento

Para que este acompañamiento resulte efectivo y de ayuda, conviene que tenga las siguientes características:

- El encuentro/entrevista regular y frecuente.
- El trato respetuoso y confidencial de parte del formador.
- Que el acompañamiento sea equilibrado y respetuoso de la libertad y de la conciencia, permitiendo un desarrollo humano y espiritual.
- Que los formadores sean competentes y dotados de los recursos humanos, espirituales, pastorales y profesionales necesarios.
- Apertura: la actitud de disponibilidad como fue explicada anteriormente. La disponibilidad para exteriorizar el mundo interior, con sus ambiciones y frustraciones, esperanzas y temores, bloqueos y heridas. La formación sólo es eficaz si el joven está dispuesto a abrirse, a confiar la verdad de su vida a quien está a su lado, puede entenderle y ayudarlo. Sin embargo, el formando ha de saber que no puede esperar todo del otro, sino que él es el primer responsable de su formación.
- La confianza recíproca es un elemento necesario en este proceso. En la relación de ayuda es fundamental la confianza, la certeza de que el otro puede y quiere ayudarme y en consecuencia la convicción de que conviene abrirse y confiarse a él.
- Se deben prever los medios concretos para que dicha confianza pueda ser salvaguardada y promovida. Para ello, son necesarios los elementos mencionados con anterioridad: cercanía fraterna, empatía, comprensión, capacidad de escucha y de sincera apertura, y coherente testimonio de vida.
- Que el formando, por medio del acompañamiento, vaya realizando el discernimiento vocacional y la formación del discípulo misionero. El camino de acompañamiento debe poner al formando en condiciones de descubrir el proyecto de Dios y de optar por él libre y responsablemente. Ambos, el formador y formando, deben estar abiertos a descubrir ese plan de Dios y a obedecerlo. El acompañamiento es pues, el ejercicio de una obediencia que discierne.
- Que el formando logre el autoconocimiento, y se deje conocer a través de una relación sincera y transparente con los formadores.
- Cada formador, en el campo que le competa, ayuda al formando a llegar al conocimiento más completo de sí en sus fortalezas y fragi-

lidades, enseñándole a abrirse con más disponibilidad a la gracia divina.

- El acompañamiento es para toda la vida. Se da con más intensidad y regularidad en la formación inicial, y menos en la formación permanente, pero el acompañamiento debe estar siempre presente.

## 2. Tipos y cualidades del encuentro formativo

En el contexto de la formación, el encuentro formativo generalmente tiene como fin conocer, comprender y ayudar. Se dan varios tipos de encuentros durante la formación inicial y permanente: a) el encuentro personal de formación, b) encuentro personal de sostén, c) encuentro personal de adaptación, d) encuentro personal espontáneo.

Algunas cualidades de parte del formador que guía el encuentro deben ser la empatía, el respeto y aceptación, la apertura, la naturalidad, ser específico y concreto, la auto-revelación, la capacidad de interpretar y ser instrumento de discernimiento y la habilidad de confrontar cuando sea necesario.

Las características y cualidades tratadas son los elementos que ayudan a construir la relación y la comunión, con consecuencias reales en el ambiente propicio para la educación y formación.

## G. El hermano incómodo, en dificultad, o en crisis<sup>54</sup>

Este tema me inspira particular cariño por su delicadeza y trascendencia. Tocaremos únicamente algunos principios, conscientes de que el ambiente y mentalidad de un instituto y comunidad determina la forma de tratar a personas incómodas o en dificultad. Al mismo tiempo, el modo de tratar a personas incómodas o en dificultad es algo que afecta directamente, tanto a la persona, como al ambiente y al instituto. Con el encabezado nos referimos al formando o sacerdote (religioso/a de votos perpetuos) de diversas índoles: 1) con dificultades (ya sea de carácter, personalidad, inconformidad o madurez); 2) con miradas más amplias y creativas de lo acostumbrado, creando incomodidad, rechazo o disgusto; 3) quien puede enfrentar diversos tipos de crisis (normativa, espiritual, afectiva, psicológica); 4) quien, por distintas

<sup>54</sup> Este apartado se basa en las propias experiencias y observaciones y en dos artículos: A. PARTINI, «L'accompagnamento psicologico e spirituale dei confratelli in gravi difficoltà», *Revista 3D*, 7 (2010); A. MANENTI, «I casi tragici: quando vivere il valore sembra impossibile», *Revista 3D*, 2 (2005); P. FINKLER, *El Formador y la Formación para la Vida Religiosa*, cap. 8. Para las situaciones y aplicaciones más concretas, véanse los artículos. Aquí solo me refiero a algunos principios generales.

razones, haya cometido algún error en su vida pastoral; 5) quien haya sido objeto de acusaciones, quejas o persecución con o sin fundamento; 6) quien pueda padecer trastornos psicológicos que surgen durante el ministerio.

Cada una de estas situaciones es de hecho o podría convertirse en algo grave. Hay tantas posibilidades de dificultad cuantos individuos en un instituto. El modo en que viene afrontada una situación de crisis o dificultad por parte del formando, del superior/formador y de la comunidad, repercutirá directamente en la persona, en el ambiente de la casa o seminario, la diócesis o comunidad religiosa.

Por la amplia gama de posibilidades de dificultad y crisis, buscaré solo señalar unos cuantos principios que considero importantes para guiarse en las aguas turbulentas de la dificultad.

## 1. Realismo

Como seres humanos tenemos que habituarnos a ver asomarse durante nuestra vida personal o comunitaria los rostros de la debilidad, la caída, la enfermedad, la fragilidad mental o vocacional, la crisis y el fracaso. Hemos de estar preparados y mentalizados para la dificultad en toda su expresión y de ese modo poder acogerla, afrontarla y dejarla ser instrumento de maduración y crecimiento. La mentalidad idealista y equivocada de considerarse «libre de pecado», o de que «eso a mí no me puede pasar» únicamente puede producir frutos podridos. Lo dicho tiene expresiones a nivel institucional (comunitario) y personal.

A nivel institucional o comunitario, cuando encontramos mentalidades de estrechez, reducción o pretendida «perfección», la diversidad no es bien vista. Se etiqueta irresponsablemente, se ridiculiza, se aparta al hermano, se corre el rumor de que «está mal», etc. Estos modos de proceder, incapacitan comunidades enteras para acoger, abrazar y afrontar situaciones como pueden ser: la incomodidad del conflicto interpersonal, contrariedades y visiones distintas; infidelidad y caídas en cualquiera de los tres consejos evangélicos; la crisis profunda espiritual, afectiva o vocacional; el «burnout»<sup>55</sup> o alguno de sus síntomas; la depresión leve o profunda u otros trastornos psicológicos puede crear en el individuo un serio obstáculo para pedir ayuda

---

<sup>55</sup> El término «burnout» refiere al desgaste y/o agotamiento físico y emocional, con consecuencias en la salud corporal, mental, psicológica, y posiblemente espiritual. Para un estudio completo, Cf. H. LÓPEZ DE MÉZERVILLE, *Sacerdocio y Burnout: El desgaste en la Vida Sacerdotal*, San Pablo, Bogotá 2011.

incluso urgente. En otras palabras, entorpece la habilidad para aceptar y atender al hermano en su situación particular.

Este ambiente viciado puede llegar al extremo de impedir a los formandos prever y proveer ante una posible caída, enfermedad mental, crisis, fragilidad vocacional o cualquier otra dificultad. Es decir, no saben prepararse para ni identificar la dificultad cuando se asoma. Cuando, de hecho, se asoman las dificultades/ crisis y no entra en los esquemas mentales y formativos, se desencadenan ciertos mecanismos de defensa que sólo prolongan o agudizan los trastornos formativos y ambientales o de mentalidad y estructura.

En ambientes donde reinan mentalidades o estructuras estrechas y pre-fabricadas por la formación y tradición, el primer punto de impacto es a nivel individual, afectando directamente al hermano que vive una dificultad. Éste se encuentra incapaz de interpretar lo que pasa en su interior y a su alrededor; es muy posible que no sepa cómo hablar de lo que le ocurre, ni cómo, ni con quién abrirse; piensa que «no es normal ni está bien visto» tener estas dificultades y dudas o manifestar su punto de vista; y qué decir de recurrir a las ciencias humanas como la psicología, pues no sería «normal ni aceptable».

## **2. Responsabilidad individual**

En el camino educativo y formativo, los formadores y superiores tienen la responsabilidad y deber de señalar y abordar la diversidad de situaciones personales y comunitarias que puedan presentarse en la vida y ofrecer pautas de discernimiento y herramientas para tales momentos. Por un lado, hay elementos de prevención y por otro, hay maneras de administrar posibles dificultades.

Cada uno es responsable de sus propias acciones, decisiones, errores, faltas, así como de sus éxitos y progreso. Buscando culpables y señalando a otros, no se resuelve el tema de fondo. Es necesario que cada uno afronte con valentía su situación y dificultades propias. Cada acontecimiento tiene su propio contexto y sus múltiples factores. A veces, el contexto es circunstancial. Con frecuencia es más amplio tocando ciertos espacios desconocidos de la personalidad y desarrollo, y se lleva un buen tiempo en entenderlo. A veces tiene que ver con el contexto de la formación familiar o la del instituto, con experiencias o traumas. Este proceso requiere responsabilidad personal, honestidad y paciencia.

Cada formador o superior debe desarrollar un método y modo personal (de acuerdo a su persona y al estilo de vida del instituto) para poder com-

prender, acompañar y formar a la persona que pasa por un momento de dificultad. Ha de desarrollar la capacidad de tener una mirada cristológica, *Jesús lo miró con amor y dijo...* (cf. Mc 10,17-22). Se ha de mirar a la persona como a un individuo con una historia personal, un pasado y un presente, que está viviendo circunstancias difíciles por diversos motivos. No se tratan problemas o casos, sino personas que tienen una historia.

Para un formador, una visión meramente teleológica (en vista de los fines) o deontológica (en vista del deber y la moral) es legítima, pero no completa. Ni las dificultades o errores, ni las situaciones tristes o trágicas ni cualquier crisis existen en sí mismos o de forma teórica; tienen lugar en personas concretas, en el ser humano que uno tiene delante y que tiene necesidad de ser tratado con dignidad y amor.

A quien está viviendo un momento de dificultad en su vida, se le invita a: descubrirlo como tal, entenderlo profundamente en las diversas expresiones, y crecer sobrepasándolo; no encerrarse en el callejón sin salida de «mis planes y mis ideales se han derrumbado», sino que Dios y la vida siempre nos presenta más puertas y otros caminos; darse cuenta de la esperanza que existe, las todavía tantas puertas y posibilidades a la mano de mi libertad que no han sido tocadas o abiertas; no dejar morir la motivación y sentido de vivir; mantener viva la motivación para caminar y crecer; el reconocimiento más abierto posible de la situación y problemas; afrontar las cosas con valentía; vivir en la libertad de la verdad de las cosas y de Dios quien me mira y me ama; vivir las posteriores decisiones muy de cara a Dios y uno mismo dejando confiadamente en Sus manos cada conclusión y decisión.

### **3. Administración de la atención**

Para la debida atención de la persona en dificultad, hay que tomar en cuenta la capacidad real de la persona de vivir sus compromisos y de superación (Mt 23,4), respetar siempre su ideal (Mt 5,17-19), promover la coherencia personal y las decisiones «obedientes» (a la escucha de Dios y de las situaciones). Junto con esto, debe involucrarse a la Tercera Persona (Dios) y adoptar una actitud de abandono confiado al Señor de la misericordia. En cada caso existen decisiones que tienen que tomarse de cara a Dios y con infinita confianza en Él, que no juzga sino transforma.

Conviene considerar tres cosas de cara a los resultados de un proceso de un hermano en dificultad que anoto aquí para tenerlas presentes:

1. No obstante, la corrección y «perfección» de los procesos de razonamiento, entendimiento y administración de una situación, nunca se puede prever con exactitud la solución perfecta para un individuo.
2. El éxito de un proceso no es el resultado, sino la armonía subjetiva y objetiva con que se llevó adelante la situación.
3. El resultado que se debe buscar es el mayor bien para la persona en cuestión; no el ideal del superior o de la institución.

Querer solucionar el problema de otros o pretender trasladar la situación es ordinariamente un camino superficial que termina prolongando la situación difícil. La preocupación ante una dificultad debe involucrar un examen objetivo e imparcial del problema, la escucha atenta del protagonista (y testimonios), entendimiento de las intenciones, comprensión del problema de fondo y no únicamente los hechos y elementos externos. Toda intervención disciplinar o pedagógica tiene que estar caracterizada por la caridad y el celo.

En el acompañamiento de una situación difícil, el formador puede cometer algunos errores como pueden ser: contentarse pasivamente con lo que el individuo sea capaz de lograr o no, sin proporcionar motivación y una mirada de valores e ideales; apoyar calladamente las decisiones del individuo sin proporcionar opiniones o puntos de vista de valor; querer que el individuo se adapte forzosamente a lo que el formador ve y piensa; no involucrar una entrega sincera y confiada a Dios. Estas actitudes pueden generar entre otras, una impresión de que el formador/superior no se involucra con mi vida, no tiene la confianza para motivarme o para confrontarme, no respeta mi sensibilidad o libertad, etc.

Se necesita claridad al tratar una situación de este tipo, tanto de parte del formador/superior como de parte del acompañante espiritual<sup>56</sup>. Conviene dejar algunas cosas por escrito como puede ser la referencia a una situación, los consejos dados, ciertas indicaciones, plazos, o como bien se sabe, advertencias más formales.

Las personas en situaciones difíciles por lo general presentan estados emocionales y reacciones no deseables, que se manifiestan en actitudes, palabras, comportamientos, provocaciones, etc. El formador/educador ha de saber cómo no caer en este juego emocional o provocarlo, ni entrar en la lucha de poderes o faltas de respeto. Se requiere de parte de la autoridad gran madurez, auto-control y una mirada más alta. El manejo de estas situaciones afectivas impacta directamente el ambiente de una comunidad formativa.

---

<sup>56</sup> La caridad sin claridad deja de ser caridad. La claridad sin caridad deja de ser tan clara.

Es aconsejable que un superior mayor tenga un delegado experimentado que sepa entender, acompañar e interesarse por los hermanos en dificultades más graves. Sirve de apoyo directo y asequible para el interesado y también de enlace entre las diversas partes (médico, psicólogo, superior mayor).

#### **4. Atención específica para la dificultad**

Existe el acompañamiento espiritual intensificado que uno busca con el director espiritual y a la vez, la posibilidad de retirarse buscando un clima de mayor oración en un centro de retiros o algún lugar adecuado.

Existe el acompañamiento psicológico que tiene expresiones de atención personal y a veces se une a la terapia de grupo. Más grave la situación, más frecuentes deben de ser las sesiones. Este acompañamiento ha de saber distinguir entre síntomas y seriedad. Un síntoma llamativo y serio no necesariamente habla de una situación grave mientras que varios síntomas leves pueden manifestar un serio problema de fondo. La atención psicológica busca una reconstrucción profunda de la persona más que la desaparición de un síntoma.

Existen centros profesionales para acoger a personas consagradas en dificultad/crisis en formato residencial o varias veces a la semana.

Se anima vivamente a mantener la unidad entre la espiritualidad y la psicología de la persona, evitando separarlas entre sí y que el delegado que sigue de cerca al hermano en dificultad, muestre gran interés en el sujeto, dando un valor equivalente a las diversas partes.

#### **5. A nivel comunitario**

En ocasiones puede ser necesario abordar alguna situación de la comunidad misma, o de uno o más de sus integrantes. De esta forma se enseña a los miembros cómo tratar, afrontar y convivir con situaciones incómodas o difíciles. Un formador sabrá hacerlo con la debida discreción, respeto y si fuera el caso, en el anonimato. Sabe también aprovechar cada circunstancia para la educación y formación de algún aspecto de la vida. La manera en que un superior o formador trata estos temas puede tener un efecto positivo o negativo para el ambiente formativo; así como no afrontarlos puede resultar igualmente dañino. Abordarlos de un modo correcto proporciona serenidad y seguridad al ambiente y a los miembros.

## 6. ¿Problema o estímulo?

Mientras se atiende una situación de esta índole, los formadores y superiores locales y mayores deben preguntarse si el hermano(a) incómodo, en dificultad (crisis, enfermo) es sólo un problema, una incomodidad y un estorbo o es más bien una provocación, un estímulo para el cambio y una gracia.

Con esta pregunta, nos referimos a varias posibilidades:

1. El hermano incómodo puede ser tal porque tiene una forma diversa de ver y evaluar las cosas. Quizá tiene un carácter y personalidad que provocan relaciones complicadas, nublando la profunda verdad de lo que dice y propone.
2. El hermano y su dificultad (crisis, condición o problema) nos puede hablar de un trastorno o desafío comunitario e institucional.
3. El hermano y su dificultad (crisis, condición o problema) nos puede hacer ver que la comunidad o instituto se ha quedado estancado, aferrado al pasado o a elementos secundarios, o sin la capacidad de auto-examen.
4. El hermano y su dificultad (crisis, condición o problema) nos puede hacer ver qué aspectos del camino formativo, manejo de autoridad o estilo de vida comunitaria se tienen que mejorar o adaptar.
5. El hermano y su dificultad (crisis, condición o problema) nos puede hacer ver que no hay buen acompañamiento o fraternidad, lo que más fácilmente puede llevar al desgaste personal (*burnout*), descuidos a nivel espiritual y humano, la soledad, etc.
6. El aumento de las dimisiones y salidas de hermanos(as) nos puede hacer ver que el problema no es necesariamente el sujeto, sino que podría ser algo institucional (ambiente, método, mentalidad, manejo).

Mi propuesta es que las dificultades y problemas sean también un libro fecundo para que una comunidad o una institución puedan mirarse, entenderse y convertirse. No tomar «este libro» en mano es una grave omisión de parte de la autoridad, mientras que la lectura humilde y sincera conducirá a la mejora progresiva de la comunidad o instituto teniendo consecuencias sumamente positivas para la superación y bienestar de cada individuo.

## Conclusión

He buscado formular consideraciones sobre la importancia vital del ambiente educativo y formativo en el seminario o casa de formación, desarro-

llando los elementos que se pueden denominar parte fundamental de la «construcción del ambiente formativo» o «sustracción» del mismo. Se han señalado y resaltado algunos elementos que aportan y constituyen de alguna forma al ambiente educativo y formativo como pueden ser: una visión antropológica cristiana, claridad de objetivos formativos, los agentes de la formación, y el acompañamiento personal. En la elaboración de estas consideraciones, se me revelan dos hechos: que muchos de los elementos son invisibles (teniendo que ver con actitudes, disposiciones y mentalidades), y que no es tarea sencilla, sino que se requiere de mucho tacto, tino y arte para lograr establecer un ambiente propicio.

Sin este ambiente, es muy difícil conseguir una formación que realmente llegue al corazón de la persona, y, por tanto, no se podría considerar verdadera educación y formación.